



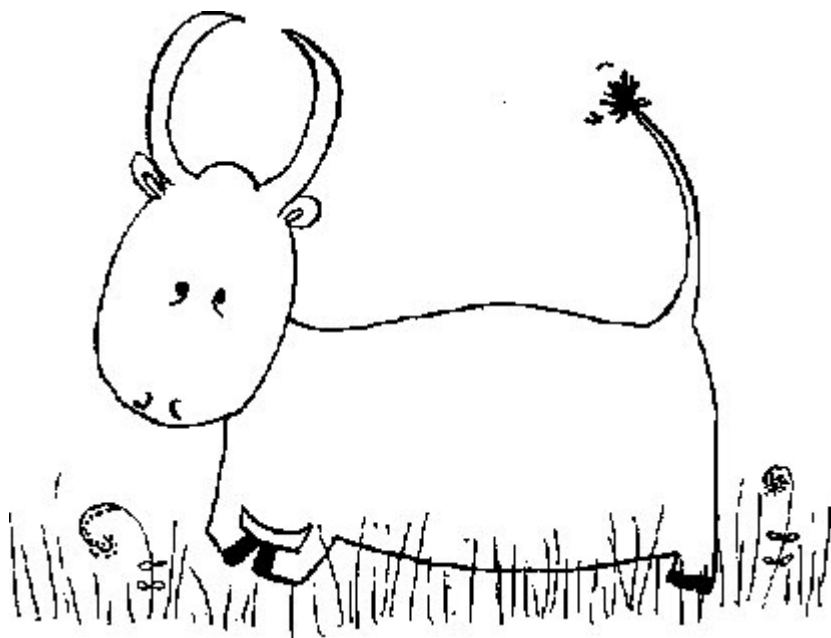
PEARL S. BUCK

Los niños del búfalo

Pearl S. Buck escribió algunos cuentos para niños, todos ellos tienen en común el deseo de explicar a la gente de América y Europa la naturaleza y el modo de ser de China según palabras de la propia autora.

En *Los niños del búfalo*, una niña americana hace partícipes del secreto de su piedra mágica a dos niños chinos.

Los niños del búfalo



—¿Tenías que saber chino? —preguntó Miguel a su madre, con unos ojos muy abiertos.

—Claro que sí —dijo mamá—. Cuando yo era niña, vivía en China y allí todos los niños hablan chino.

—¿Y no les importa? —preguntó Pedro.

—No les importa nada. Piensan que es la única forma de hablar, igual que vosotros pensáis que vuestro modo de hablar es el bueno. Están muy preocupados por la gente que tiene que hablar inglés.

Los cuatro niños estaban desayunando y, si hablaban de China, era porque su madre les había preparado una sorpresa.

Era un sábado. Habían jugado al aire libre toda la mañana y habían hecho todo lo que les vino en gana. Acababan de preguntarse qué iban a hacer ahora y David había dicho: «tengo hambre», cuando la gran campana que colgaba en la galería empezó a sonar.

¡Ding! ¡Ding! ¡Ding! Sabían que el tañido de la campana quería decir: «Volved inmediatamente a casa». Acudieron, pues, lo más aprisa posible. Mamá estaba en la galería y papá estaba también allí y fumaba su pipa.

—¡Hay una sorpresa! —gritó papá.

En tres minutos y medio exactamente —papá lo cronometró—, estaban limpios y a punto.

—Cerrad los ojos —dijo papá.

Cerraron los ojos.

—Dadme la mano —dijo mamá.

Papá cogió la mano de Pedro, porque Pedro era el mayor, y mamá cogió la mano de Judy, porque Judy era la pequeña, y Miguel y David quedaron en medio. Después, se dirigieron todos al comedor.

—¡Abrid los ojos! —dijo papá.

Todos abrieron los ojos y vieron... la sorpresa. Estaba encima de la mesa. ¡Era un almuerzo chino!

—¡Qué divertido es! —dijo Judy.

—Divertido no es la palabra —dijo papá—. Es muy bueno.

En el centro de la mesa había cinco tazones llenos de manjares humeantes, y en cada sitio había un tazón de arroz seco, con los granos limpiamente despegados, que también estaba muy caliente.

—Todo el mundo come arroz en una comida china —dijo mamá.

—No hay cuchillos ni tenedores —dijo David.

—Hay palillos —dijo mamá.

Ésta era, pues, la sorpresa. Se sentaron todos y aprendieron a sostener los palillos en una mano y el tazón en la otra.

Al principio, no estaban demasiado seguros de que estos platos, que tenían un sabor desconocido, les gustaran. Pero después de un bocado, de dos, de tres, reconocieron que sí les gustaban y que era muy divertido comer con palillos. Mamá les dijo entonces el nombre chino de todos los

manjares y Miguel preguntó cómo era que mamá sabía estos nombres.

—Porque cuando yo era niña, vivía en China y jugaba con niños chinos y hablaba chino.

—¿Qué niños chinos eran los que te gustaban más? —preguntó Judy.

Mamá tuvo que reflexionar un momento largo antes de responder a esta pregunta.

—Bueno —dijo por fin—, después de los vecinitos chinos, creo que los niños que me gustaban más eran los del búfalo de agua. Eran hermano y hermana.

Al oír estas palabras, los niños soltaron los palillos porque ya estaban hartos.

—Háblanos del niño del búfalo de agua —dijo Miguel.

—No, háblanos de su hermana —dijo Judy.

—Yo preferiría oír hablar del búfalo —dijo Pedro, porque le gustaban mucho los animales.

—¿Qué es un búfalo de agua? —preguntó David.

—Os hablaré de todos ellos —dijo la madre—. Pero quizá será mejor que empiece por el búfalo, porque fue a él a quien vi primero.

Empezó, pues, por el búfalo de agua.

—Tenéis que saber —dijo— que el búfalo de agua es un animal muy extraño. Se parece a un buey porque tiene la forma de un buey muy grande, pero no es un buey.

—¿Por qué? —preguntó David.

—Porque tiene los cuernos demasiado grandes y demasiado largos, mucho mayores y mucho más largos que los de un buey. Esto sólo es la primera razón. Tampoco su piel es la piel de un buey; se parece mucho más a la de un rinoceronte, porque es gruesa y negra y no tiene mucho pelo. He aquí la segunda razón por la que no es un buey. Y se llama búfalo de agua porque le gusta meterse en el agua como un hipopótamo, y ésta es la tercera razón por la que no es un buey. Y hay, supongo, una cuarta razón: aunque la hembra del búfalo puede dar un poco de leche si se la obli-

ga, no se la utiliza por su leche, porque los granjeros emplean los búfalos para tirar del arado.



—¡El arado! —exclamó Pedro—. ¡Oh, qué divertido!

Pedro conocía todos los instrumentos agrícolas, porque le gustaban mucho todas las cosas del campo.

—Si vivieras en China —dijo mamá—, esto no te parecería divertido, porque allí casi todo el mundo trabaja la tierra con búfalos. El búfalo se llama Pánfilo.

Los niños se echaron a reír.

—¡Pánfilo! —exclamaron—. ¡Pánfilo!

—Porque era muy lento. No es extraño que un búfalo de agua sea lento, todos lo son. Les gusta más estar quietos que andar, y lo que les gusta más del mundo es remo-

jarse en el agua. Pero Pánfilo era el más lento de todos los búfalos. Pertenecía a un granjero que se llamaba señor Ching. Lo llamaba Pánfilo porque la calma del búfalo lo sacaba de quicio y ya sabéis que un pánfilo es un individuo muy lento y calmoso. Desde luego, no se pronunciaba así. En chino es Da Lobo. De modo que el búfalo de agua se llamaba Da Lobo.

Al llegar a este punto de la historia, tuvo que hacer una pausa para que los cuatro niños intentaran decir «Da Lobo». Lo repitieron hasta la saciedad, sin poder contener la risa, y Pedro dijo:

—¿Y si en la escuela llamo Da Lobo a un niño que no me es simpático?

—Será mejor que continuemos —dijo la mamá.

Y siguió así:

—Me acuerdo muy bien del primer día que vi a Da Lobo. Había terminado temprano mis deberes. Mi madre tenía mucho que hacer y para no estorbar corrí fuera de la casa con un libro de cuentos y un puñado de cacahuetes y me agazapé en la hierba alta fuera de la reja.



»La hierba era tan alta que me cubría la cabeza. Pisoteé la hierba para prepararme un huequecito y, cuando me senté, yo podía ver lo que pasaba a mi alrededor, pero nadie podía verme a mí. Entonces abrí mi libro. Era, me acuerdo muy bien, *Las Mil y Una Noches* y acababa de llegar a la lámpara de Aladino, hacía crujir la cascara de los cacahuetes y estaba dispuesta a vivir minutos maravillosos. El sol brillaba intensamente y calentaba el pequeño nido que yo me había construido. La hierba apretada exhalaba un olor delicioso y muy lejos, en el valle, ascendía, alto y claro, el canto de un tordo. No había ni un soplo de viento, era un día de primavera, ni demasiado frío ni demasiado caluroso, y yo me sentía, me acuerdo muy bien, perfectamente feliz.







—Conozco estos días —dijo Judy—. También los hay aquí.

—Sí —dijo mamá—. Bien, era precisamente uno de estos días. Me sentía en paz conmigo misma, porque había hecho bien los deberes y tenía toda la tarde para mí. Seguí, pues, leyendo y comiendo mis cacahuetes, y llegué al momento en que Aladino frota la lámpara y al momento en que encuentra a la princesa y al final de la historia, en que todos viven felices para siempre jamás. Cuando terminé de leer el cuento, no tuve ganas de empezar otro inmediatamente. Tendida de espaldas, miraba el cielo y pensaba: «¡Ah, sí yo tuviera una lámpara maravillosa!». Me volví a sentar y miré a mi alrededor entre la hierba. ¿Y si encontrara una vieja lámpara oxidada y mágica? Algunas veces había encontrado objetos raros en las colinas chinas. Había tumbas antiguas, cavadas hacía mucho tiempo, que la gente había olvidado; el viento soplaba sobre ellas, las lluvias las mojaban, y, a veces, las paredes se desplomaban. Y se había dado el caso de encontrar yo allí viejas copas y tazones que habían depositado en otros tiempos sobre las tumbas, como nosotros ponemos hoy flores. Desenterraba estas copas, las lavaba y las guardaba en lo que yo llamaba mi museo. Y bien, aquel día miré a mi alrededor entre la hierba, pero no vi nada extraordinario, excepto una piedra blanca muy bonita y muy lisa. En aquel lugar era una piedra poco corriente, porque había pocas piedras en el suelo. La cogí y pensé: «¿Si será una piedra mágica?». La tuve en la mano cierto tiempo y cada vez estaba más convencida de que era realmente una piedra mágica. Y cuando estuve

convencida del todo, la froté bien, como Aladino había frotado la lámpara... ¿os acordáis?

Los niños asintieron. Conocían la historia de Aladino.

—¿Y qué pasó? —murmuró David y sus ojos azules estaban abiertos como platos.

—La primera vez, nada. De modo que sostuve la piedra un poco más para calentarla, y después, para aumentar su poder, dije: «¡Abracadabra!» y froté la piedra muy fuerte y...

Mamá miró los rostros que la rodeaban. Incluso papá se había sacado la pipa de la boca y escuchaba.

—Ahora sí pasó algo —dijo mamá—, la hierba alta empezó a moverse. Me agaché, miré a través de los tallos verdes y vi cuatro patas y cuatro pezuñas negras, después una cola delgadita que azotaba el aire, y empecé a tener un poco de miedo. Pero ¿qué podía hacer, más que estarme quieta y esperar? En unos segundos, las patas se acercaron y las pezuñas estaban ya muy cerca. Levanté los ojos y vi encima de mí la enorme cabezota y los largos cuernos negros de un búfalo de agua. La nariz negra estaba atravesada por un gran anillo. Una cuerda pasaba por el anillo y se arrollaba a su cuello. Me puse en pie de un salto, realmente aterrada esta vez al ver lo que había salido de la piedra, y retrocedí ante aquella cabeza enorme, aquellos grandes ojos negros, como pelotas de tenis, y aquellos cuernos larguísimos.



»—¡Dios mío! —grité—. ¡Ojalá no hubiera frotado la piedra!

»Y entonces vi algo que no había visto antes. Sobre el lomo del búfalo de agua había dos niños, un niño que tenía más o menos mi edad (yo tenía entonces ocho años) y una niña que no tenía más de cinco años. Me miraban fijamente y yo los miraba fijamente a ellos, y me di cuenta enseguida de que tenían tanto miedo de mí como yo del búfalo, de

modo que el miedo se me pasó de golpe. El niño reunió todo su valor y se animó, por fin, a hablar el primero,

»—¿Eres la niña extranjera que vive en la casa de la colina? —me preguntó,

»—¿Por qué decía que eras extranjera? —quiso saber Miguel.

»—Porque para él yo era una extranjera —dijo mamá—. Él era un niño chino en China y tenía cabellos negros y ojos negros, como todos los chinos, y yo era una niñita americana que vivía en China, y tenía los ojos azules y el pelo rubio, cosa que a él le parecía muy rara.

»—Pero ¿nosotros no somos raros, verdad? —preguntó Miguel, que también tenía el cabello rubio.

»—Somos raros cuando estamos en China —dijo mamá—, pero yo ya estaba acostumbrada y no me enfadaba.

»—¿Tú quién eres? —le pregunté.

»—Yo soy Hermano Mayor y ésta es Hermana Pequeña, y el búfalo se llama Da Lobo.

»Me eché a reír, como habéis hecho vosotros, al oír que llamaban así a un búfalo.

»—¿Por qué se llama Da Lobo el búfalo?

»—Porque es tan lento que mi padre pierde la paciencia con él —dijo Hermano Mayor.

»Durante todo este tiempo, Hermana Pequeña había estado estrechamente pegada a su hermano, rodeando la cintura del niño con sus dos brazos, y no había pronunciado una sola palabra. Pero era una niña muy bonita. Tenía una cara redonda y una boquita roja, que mantenía siempre abierta, de modo que se podían ver sus dientes, tan blancos como granos de arroz, y llevaba los cabellos negros anudados en dos trenzas y un flequillo liso que llegaba casi hasta los ojos, negros y redondos. Hermano Mayor y ella iban descalzos y Da Lobo tenía un lomo tan ancho que sus piernas salían rectas a los lados del animal. Viendo que habíamos empezado a hablar, Da Lobo aprovechó la ocasión para estarse quieto y no hacer nada, que era lo que le gus-